

## **Eduardo Gruber, un paso más**

Francisco Javier San Martín

En tiempos de Melville, de Stevenson o de London, los viajeros viajaban. Luego, Jorge Luis Borges, que escribió palabras inolvidables sobre ellos, inauguró la metáfora moderna del *viajero inmóvil*, la opción aristocrática de quien, ante la facilidad del desplazamiento y la banalidad aturdidora del turismo, decide hacer de los libros, de la *Encyclopaedia Britannica* y de los mapas oscuros, un vertiginoso e interminable *tour du monde*. Borges, como escritor, incluso como *excesivamente* escritor, tiende hacia la abstracción. Ni aún cuando era joven y gozaba del don de ver, sus descripciones son sensoriales; antes al contrario, se construyen como elaborados laberintos topológicos, espacios de cálculo aritmético, sin la textura específica de la visualidad, sin ambiente. Pero a un pintor como Eduardo Gruber le deberíamos exigir, como mínimo, conocer *in situ* los lugares que evoca en sus cuadros, ofrecemos en sus imágenes un condensado de sensaciones y emociones experimentadas ante el motivo, pedirle que nos adentre en los olores que ha olido y la luz que ha visto acariciar las fachadas y los árboles: un pintor no puede inspirarse en libros, ha de acceder al lugar.

Pero si esto fuera cierto, lo sería solo en la época de Melville, de Stevenson o de London, es decir, en la época de Turner, de Monet o de Gauguin. Pero así como Borges señala la posibilidad del viaje sedentario, Malévitch también descubrió la posibilidad de volar sin despegar los pies del suelo, la idea de un pintor capaz de sintetizar una emoción visual en un *texto* pictórico que ya no es descriptivo, sino conceptual.

Marco Polo abrió los ojos a Occidente en la época oscura, describiendo el opaco brillo del jade y el olor picante de las especias, pero doce siglos después, Borges nos ofreció en *La Biblioteca de Alejandría* o en *La Lotería de Babel* la más prodigiosa descripción de lugares que no existían, y aún con detalles que solo podría narrar quien ha visitado esos lugares.

Que un pintor preferentemente abstracto con la trayectoria de Eduardo Gruber, cuya primera muestra individual se realizó hace ya 35 años, haya decidido dedicarse también a la escritura me parece que explica retrospectivamente buena parte de su obra anterior. La pintura de Gruber nunca ha sido narrativa en sentido estricto, a lo más, alusiva, pero su paralela actividad literaria quizás comience de ahora en adelante a proporcionarnos otras pistas sobre su trabajo visual. No le ha hecho falta visitar *La casa de Malévitch*, ni viajar a *Vorkuta* o *Pompeya*, a *Oxford* o *Benidorm*, pero es perfectamente capaz de ponernos delante de los ojos un cúmulo de sugerencias que pueden hacer irresistible nuestra visita al lugar. Eduardo Gruber no necesita moverse, pero nos empuja a viajar, aunque solo sea para comprobar que los olores son ciertos y los colores se desgastan al sol en su lugar exacto

En esta muestra de Barcelona, titulada genéricamente *Viaje*, las obras se refieren a ciudades de todo el mundo, una suerte de Atlas virtual. En contraste con el resto de las piezas, dedicadas a representar toda una ciudad, *La casa de Malévitch* se centra exclusivamente en la morada del pintor ucraniano, insinuando que ésta es ya por sí sola una ciudad. Lo cierto es que en este pequeño cuadro, Gruber ha podido induir los iconos más decisivos de la pintura de Malévitch: la tierra y el cielo rusos, el rastro de sus campesinos, las diagonales y los rectángulos de sus primeras obras suprematistas, así como el cuadrado negro, emblema de su arte terminal.

Pero también ésta, como el resto de las piezas, obedece a una lógica constructiva común, una suerte de *ubicuidad*, una visión omnisciente que mezcla visiones en planta, con otras en alzado o perfil y aún en axonométrica; que unifica planos alejados, perdidos en la bruma de la distancia con detalles minuciosos en primer plano; que combina un *pattern* a nivel urbanístico, con detalles individuales como una barandilla o una escalera. Son las ventajas del pintor *inmóvil*: como no ha acudido a ningún lugar concreto puede estar en todos a la vez. *Oxford*, *Pompeya*, metáforas también de la *mezcla*, de la disponibilidad de un sistema narrativo que ha encontrado sus herramientas en la realidad transfronteriza. Gruber es, en el mejor sentido de la palabra, un pintor *maduro*. Después de un par de años dedicado a la construcción de ciudades, las obras presentes en esta exposición de Barcelona parecen fluir sin esfuerzo, sin proyecto, como si el cuadro fuera la materialización de algo perfectamente estructurado previamente. Destilan la facilidad de alguien que conoce el alcance de sus recursos y sabe explotarlos con eficacia. Pero también son cuadros valientes, que se apoyan en los recursos compositivos más clásicos, mientras los subvierten o los contaminan con la alegría y el desenfado de un estudiante.